

Francia, no debía envilecer su trono buscando otra gloria.

Prisionero en otro hemisferio, nada tengo que defender sino la reputación que la historia me prepara. Ella dirá que un hombre á cuyo favor se declaró todo un pueblo, no debe ser tan escaso de mérito como lo pretenden sus contemporáneos.



DOLORES





FEDERICO BALART

# DOLORES

POESIAS

CON PROLOGO DE

M. L. PORTUGAL

EDITOR



MEXICO.

IMPRENTA COSMOPOLITA

COLONIA DE SAN RAFAEL

—  
1894

CAPILLA ALFONSO



CAPILLA ALFONSO XII

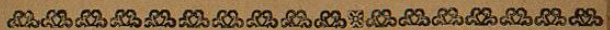
---

Propiedad asegurada conforme á la ley

---



FONDO HISTORICO  
RICARDO COVARRUBIAS



## PROLOGO

No, no es un prólogo, temeridad seria prologar el admirable libro de Balart. ¿Quién pretende formar un marco, por más que sea obra de divino orífice, al sublime cuadro del crepúsculo? «Dolores» es la cristalización de una alma, cristalización hecha lágrima: á lágrima como la blanca y firme estalactita gota á gota.

Este artículo es impresionista: en él están expresados todos los sentimientos, todas las sensaciones, todas las ideas, todas las armonías que en mí despertaron á su lectura.



«¡Dolores!» y qué bien cuadra el nombre de la muerta eternamente amada, á la colección de poesías que forman el ya famoso libro, cada una de ellas es como un pétalo de una flor blanca y triste, reunidas componen esa azucena purísima, nacida al borde de un sepulcro, alimentada con un inmenso dolor, y que derramará siempre el perfume de una tristeza infinita.

La obra llama desde luego la atención por su unidad y por su sencillez y la crítica se detiene porque los grandes dolores imponen silencio.

La lira de Federico Balart ha lanzado en la armonía poética de este momento literario una nota excepcional, la que parte del fondo del corazón; la que vibra en los labios y no pasa por el cerebro; la que se condensa en una gota de llanto, y no en la burbuja de oro de la frase brillante; la que traduce el dolor humano y golpea en cada corazón; la que despierta en el recuerdo un dolor parecido; la que viene á decirle á nuestros duelos: llorad conmigo.

La «María» de Isacc, ese supremo idilio, hiere el alma: porque el dolor de Efrain lo hemos sentido antes, y la tristeza latente se despierta, se aviva y gime con aquella otra tristeza pálida y casta.. Con «Dolores» pasa otro tanto. ¿Quién

no ha depositado sobre la tumba de uaa esperanza la pasionaria de sus dolores? ¿Quién al recorrer las páginas del hermoso libro de Balart, no ha sentido que el llanto interno, esas lágrimas que no salen á los ojos, pero que bajan en silencio al fondo del corazón, descienden en secreto, acompañando el duelo del poeta, aplauso el más sincero y el más callado, ese que no resuena porque no hallaría ritmo para manifestarse, que nadie lo escucha, pero que bendice al que cantó la doliente estrofa.

Los que esgrimís la espada de la crítica no lle-  
gueis á abrir el libro, él es una piscina santa á donde van á beber los que sufren, él es belleza porque es todo ternura y sentimiento, porque es el grito, no de la desesperación que blasfema, sino de la nostalgia de una alma, nostalgia que canta en el acorde del gemido, sollozo del que sufre, eco de plegaria, balada tristísima del que sueña, miserere del que llora desde la cárcel de la vida enviando hasta ultratumba el perfume de un amor que no apagó la distancia ni la muerte.

Nunca podría repetirse con mayor verdad lo que no ha mucho decía Bolet Peraza "toda belleza tiene alma, llámesela idea ó llámesela sen-



timiento." "Dolores" tiene dos almas, la de la muerta que palpita en el amor del vivo y la de éste que quedó en aquellas páginas. Parece que el poeta vació en el ánfora delicada de sus versos, el alma entera, desafío en que venció á la muerte, revancha sublime. Allí sobre el fondo obscuro de sus tristezas vivirán sus versos brillando como lágrimas de plata en negro terciopelo que cubre un ataúd, allí, repito, se estrecharán eternamente las almas del poeta y de la ausente. En su impotencia la silenciosa segadora se detendrá ante el monumento levantado por el bardo á su amada, monumento, escrito hecho ritmo, acorde, elegía, monumento de aquellos que perduran.

La inspiración de Balart no se debilita en esa lucha en que la mayor parte de los poetas se empeñan hoy, buscando la forma más ó menos gallarda, pero siempre novísima; el autor de "Dolores" no es el mosaista empeñado en la labor prismática, en el escarceo de la frase, en el pulimento cansado del vocablo; á Balart, para llorar su dolor, le hubiera bastado, el canto del rapsodista griego antes de Homero.

La poesía de Balart es sentimiento y por ende reflejo de un estado de ánimo. A veces se apode-

ra de él la duda y parece que del ánfora del verso va á surgir.

*"Una adelfa purpúrea: la blasfemia"*

Luego el creyente se levanta con el escudo de la fé y entonces aroma el vaso del ritmo,

*"Una azucena blanca: la plegaria"*

Balart no pertenece á ninguno de esos grupos que han formado escuela llamándose decadentistas, la última escuela que la estravagancia literaria ha formado en Alemania Poetas *fin de siècle* que no irán más allá de las fronteras del que vemos que termina.

Podría citar las bellezas de este poema del amor y del sufrimiento y sus defectos, que en mi humilde concepto también los tiene; pero ¿para qué si el lector que tiene ya en sus manos este libro va á conocer unas y otros?

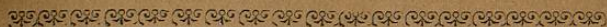
"Dolores" ha venido á demostrar que en este periodo del egoismo y de la mentira hasta en el arte, hay corazones que sienten con toda la pureza del amor nunca extinto y que no es preciso el esfuerzo cerebral gastado en la obra de japonismo, ni el epíteto extravagante, ni el pensamiento vestido de falsos arreos, para producir una obra hermosa. Leed, leed el poema y sentiréis como yo he sentido. No es el canto que es-



cuchamos al pasar por el bosque en el que el ave dice el trino de sus amores; es la queja de la tórtola viuda que llora junto al nido abandonado' queja que no se detiene en el oído, que penetra y baja hasta las profundidades del corazón, donde se cristalizan los dolores y se elaboran las lágrimas.

“Dolores” es el grito de una alma, por eso es grande; “Dolores” es sentimiento, por eso es bello; “Dolores” es dolor, por eso vivirá siempre.

MANUEL LARRAÑAGA PORTUGAL.



## AL LECTOR

Este libro, que al mundo lanzado veo,  
Lector, contra el torrente de mi deseo,  
Por más que hoy tu mirada sobre él irradie,  
Para tí no se ha escrito.—¡Ni para nadie!  
Exudación de un alma de angustia llena,  
La materia y la forma le dió una pena.  
En sus versos, desnudos de gala y arte,  
Ni voluntad ni esfuerzo tuvieron parte:  
Lágrimas son que turbias se aglomeraron,  
Que en informes estrofas se coagularon,  
Y en una alma nacieron que el duelo enluta,  
Como la estalactita nace en la gruta.  
Yo, que en densa tiniebla desaparecido  
Soy un triste habitante del triste olvido,



Mis canciones dejaba sonar á solas  
Como en playa desierta suenan las olas.  
Al pié de árbol estéril, hojas caídas,  
Entre el polvo rodaron desconocidas.  
Hoy, que contra mi gusto las lanzo al viento,  
Tales como las hallo te las presento.  
La corrección mezquina, meticulosa,  
Que los versos á veces convierte en prosa,  
Si tersura les presta, verdad les quita:  
¿Quién corrige, quién pule la estalactita?  
Lo que en su masa tosca puede agradarte  
Es ver cómo espontánea creció mi arte;  
Y de ese crecimiento pierdes la norma  
Cuando á la estalactita quitas su forma.  
Si este libro robarte logra un momento,  
Sólo ha de ser en gracia del sentimiento;  
Sentimiento que es siempre, de varios modos,  
Si en cada cual distinto, común á todos.  
En la roca pendiente sobre el abismo,  
Cruza el hombre los brazos y entra en sí mismo  
Y duda, al ver el alma y al ver el mundo,  
Cuál de los dos abismos es más profundo;  
Mas siempre halla en el fondo de entrambos huecos,  
Para iguales gemidos, iguales ecos.  
Desde que el mundo es mundo, con varios nombres  
Iguales desventuras lloran los hombres.  
Ya Job llevó la carga que yo ahora llevo:

¡Bajo el cielo estrellado no hay nada nuevo!  
El volcán siempre arroja la misma lava:  
Hoy pensamos lo mismo que Job pensaba,  
Porque, bajo el azote de suerte impía,  
Hoy sentimos lo mismo que Job sentía:  
A más crudas desgracias, penas más crudas,  
¡Y, á mayores problemas, mayores dudas!  
Y, siendo igual el fondo del sentimiento,  
¿No lo han de ser las formas del pensamiento?  
¡Ay! desde Adán, el hombre siempre ha tenido  
Para iguales dolores igual gemido:  
En placeres y penas, por varios modos,  
Nada es tuyo ni mío; ¡todo es de todos!  
Cuando Mayo los campos cubre de flores,  
Cantan la misma endecha los ruiseñores;  
Pero, aunque confundidas en un lamento,  
Cada voz se distingue por el acento.  
Catedral cordobesa, que, si hoy bendita,  
De otro Dios y otro culto fuiste mezquita:  
Entre cuantas columnas te hacen preciada  
Para tí ni una sola fué cincelada.  
Pero, si en sus robustos fustes gigantes  
Otros cien edificios pasaron antes,  
Hoy que en ellos descansas, dí, ¿quién te quita  
Tu original belleza, noble mezquita?  
En la flor de los campos, blanca ó bermeja,  
Delicados aromas bebe la abeja;



Pero el licor sabroso que el panal mana  
No es romero, tomillo ni mejorana:  
El dulzor que en el labio la miel nos deja  
Es algo que tan sólo le da la abeja.

Yo no aspiro á que ensalces mi fantasía,  
Lector, á mi me basta tu simpatía;  
Y en ella sin temores el alma espera,  
Que no hay voz despreciada cuando es sincera.  
Todo ajeno gemido vibra en nosotros;  
Los unos padecemos lo que los otros;  
No se pierden los ayes en el vacío:  
¡Mi dolor siempre es tuyo, y el tuyo es mío!

---

## PRELUDIO

---

\*

Yo te bañé con mi llanto,  
Yo te abrí la obscura caja,  
Y, dominando mi espanto,  
Yo te vestí la mortaja:  
Blanca toca y negro manto.  
Tu cuerpo cubrí de flores,  
Y te ceñí por corona  
(¡Postrer don de mis amores!)  
El velo de tu Patrona  
La Virgen de los Dolores.  
Después, en mi fiebre amante,  
Junto á tí me arrodillé,  
Y convulso y delirante,  
Sobre tu yerto semblante  
La cabeza recliné.

Y, abismado en el dolor,  
Seis horas pasé mortales



Hablándote de mi amor,  
Al trémulo resplandor  
De los cirios funerales.

El sentido al fin perdí;  
Y, sin que yo lo advirtiera,  
Alguien me arrancó de allí:  
¡Muriera yo junto á tí,  
Primero que en mí volviera.

¿Qué sentí?—Lo que, abatida  
Por la zarpa del león,  
Sentirá la cierva herida;  
Lo que la garza, oprimida  
Por la garra del haleón.

Algo que no es vil excusa  
Ni santa conformidad;  
Que ni asiente ni rehusa;  
¡Horrible mezcla confusa  
De estupor y de ansiedad!

Por salir de aquel estado  
Pugnaba con vano empeño  
Pensando que era soñado:  
¡Un año entero ha pasado,  
Y aún me parece que es sueño!

\*

Desde aquel amargo día  
Vivo en triste soledad;

Y, en esta lenta agonía,  
La mitad del alma mía  
Llora por la otra mitad.

Fija la vista en el suelo,  
Largo tiempo te llamé  
Con amargo desconsuelo:  
Hoy sé que estás en el cielo;  
¡Y en el cielo te hallaré!

Dios, que mira mi aficción,  
Cuando en la noche callada  
A El levanto mi oración,  
Con su palabra sagrada  
Se lo dice al corazón.

Y estas tiernas emociones  
Y dulces melancolías,  
Origen de mis canciones,  
¿Qué son sino inspiraciones  
Que tú del cielo me envías?

Obra tuya debe ser  
Este cambio singular  
Que no acierto á comprender:  
Yo nunca supe cantar,  
Y ahora canto sin saber.

Canciones de triste acento,  
Siempre regadas de llanto;  
Porque, en hondo abatimiento,



Los sollozos son mi canto,  
La muerte mi pensamiento;  
Que, como es dura mi suerte  
Y abrigo la convicción  
De que en la gloria he de verte,  
Sólo pensando en la muerte  
Se me ensancha el corazón.

\*

Aquel ruiseñor sin nido  
Que vaga por la pradera  
Conturbado y dolerido  
Con el recuerdo querido  
De su pobre compañera,  
Cuando al fin el canto agota,  
Sobre una rama sin flor  
Que el cierzo iracundo azota  
Repite una sola nota,  
Eco de un solo dolor.  
Así yo que, sin ventura,  
Con el alma destrozada  
Y envuelto en tiniebla obscura,  
Llevo hasta el fondo apurada  
La copa de la amargura,  
En la horrible turbación  
Que me oprime el corazón  
Y la mente me enajena,

Ni tengo más que una pena,  
Ni sé más que una canción.

Querella de mi agonía,  
Conforme sale de mí  
A tí mi dolor la envía:  
¡Oyela tú, vida mía,  
Porque es toda para tí!

JULIO DE 1880.



PRIMER LAMENTO.

¡No puedo más! El llanto reprimido  
Ya hirviendo me sofoca:

Cuatro meses la queja he contenido,  
Con el puño en la boca.

¡No puedo más! Perdona, Dios clemente,  
Perdona si te agravio

Rompiendo al fin los diques al torrente  
Que rebosa en mi labio.

Gimiendo me sorprende la mañana;  
Gimiendo paso el día:

En sólo un pensamiento ¡oh Dios! se afana  
Tenaz el alma mía.

Entre oscuros cipreses ven las aves  
Una tumba ignorada:

Para dos fué labrada—¡tú lo sabes!—  
Para dos fué labrada!

Aún la mitad, Señor, está vacía,  
Y un cadáver me espera:

¡Logre, logre su ansiada compañía  
Mi pobre compañera!

Cuando en la triste noche el viento azota  
Los árboles desnudos,  
Y la lluvia descende gota á gota  
Sobre los campos mudos,

Allá vuela mi mente enamorada,  
Allá vuela afanosa,  
Buscando á la que sola y olvidada  
Bajo el mármol reposa.

Desde que ella partió, sordo mi oído,  
Ciegos están mis ojos,  
Y mi lecho, que ayer de amor fué nido,  
Ya es tálamo de abrojos.

¡No puedo más, Señor! Niebla sombría  
me impide verla y verte.  
Manda un rayo de luz á mi agonía,  
¡Y venga en él la muerte!

La muerte, sí, la muerte es mi esperanza,  
La muerte redentora  
Que esta tormenta tornará en bonanza  
Y esta noche en aurora,



¡Misericordia, oh Dios! ¡Cese esta guerra,  
Cese este ardiente anhelo;  
Que me aguarda un cadáver en la tierra  
Y un ánima en el cielo!

28 OCTUBRE 1879.

CAPILLA ALFONSO

---

## SOLEDA D

---

Cuando abatido dejo mi casa  
Y al campo salgo, triste y sombrío,  
Tal vez me quedo mirando al río,  
Tal vez me quedo mirando al mar:  
Como esa linfa que pasa y pasa,  
Fueron mis dichas y mis venturas,  
Como esas olas mis amargas,  
Que van y vienen sin descansar,  
Mudo y absorto, soio y errante.  
Ya en mí se cifra mi vida entera:  
Nadie se cuida, nadie se entera  
De los suspiros que al viento doy.  
Ya no me queda ni un pecho amante  
Que con sus penas mis penas junte,  
Ni un dulce labio que me pregunte  
De dónde vengo ni á dónde voy.



Nadie ve el duelo que mi alma llena;  
Mis negras dudas á nadie fío;  
Todas mis fuerzas embarga un frío  
Que al fondo llega del corazón;  
Y á solas paso mi amarga pena,  
Y á solas vivo y á solas muero,  
Como en la nieve muere el cordero  
Que entre la zarza dejó el vellón.

---

## COMPañIA

---

De ir solos por la vida nos quejamos  
A la contraria suerte:  
Y solos nunca vamos;  
Que, mientras por la vida caminamos,  
Siguiendo nuestros pasos va la muerte.

---